CAPÍTULO
2

Las palabras se desdibujaban sobre la página. Sentía como si algo detrás de su ojo derecho estuviera roto, como si parte de su globo ocular se hubiese desprendido, dejando en su lugar un dolor cegador e incesante. Tamborileó con los dedos sobre el escritorio, intentando disimular que la mano le temblaba.

Menos de cuatro horas después de la discusión con Roger, allí estaba, tomando clases particulares. ¿Lo de la sobriedad? Bueno, hay un límite para lo que un chico puede enfrentar al mismo tiempo.

Había palabras frente a él, sobre el escritorio, y palabras resonando en sus oídos, pero por más que lo intentara, Cal no podía encontrarles sentido ni entender cómo podían guardar relación con él y su intensa resaca, que no había mejorado incluso después de todas las aspirinas que había tomado.

–¿Tienes cerveza?

Parpadeando y tragándose un bostezo, su profesora particular lo miró fijamente. Era linda, en cierto modo, de la forma en que solo una *nerd* callada y fanática de los libros podía ser linda. Tenía la piel tostada y el cabello castaño con rizos sin forma. Sus ojos verdes azulados eran lo más convencionalmente atractivo de ella.

Esos ojos verdes azulados todavía estaban mirándolo fijamente. Claro. *Fallon*. Ese era su nombre.

–Sabes que beber en realidad no va a curarte la resaca, ¿no?

–preguntó Fallon, rascándose la mejilla con la goma de borrar de su lápiz.

–No lo sé y no me importa –Cal se estiró y entonces lo pensó mejor. Estar encorvado sobre el escritorio parecía ser la única postura que no empeoraba su dolor de cabeza–. Solo sé que quiero una cerveza ahora mismo, una bien helada, y que quiero saber lo mínimo indispensable para escribir este ensayo sobre *Ancho mar de los Regazos*.

–*Sargazos*.

–Lo que sea. Este libro es básicamente un *fan fiction* de otro más famoso. ¿Por qué nos toman examen de esta basura?

–Definitivamente no pongas eso en el ensayo –murmuró Fallon, fastidiada. Pero se puso de pie y caminó pesadamente hasta el mini refrigerador que estaba junto a su cama, se inclinó frente a él y revolvió hasta sacar una lata de *Bud Light*. Quizá no era tan *nerd* después de todo–. Toma.

Apoyó la lata con más fuerza de la necesaria sobre el escritorio, enfatizando esa única palabra malhumorada.

Cal soltó una risita ahogada y abrió la lata.

–¿Estás a dieta?

–Recuérdame cobrarte extra por esta clase. Disculpa, cobrarle a tu *papá*.

Entonces, no le gustaban las bromas. Obvio. Roger se habría asegurado de elegir una profesora particular que careciera totalmente de sentido del humor.

Igual que Roger.

–Por cierto, ¿cómo es él? –preguntó Fallon, tan bajito y de pasada que Cal no estaba seguro de haberla escuchado bien.

–¿Quién?

–Tu papá. Lo he visto un par de veces por el campus, pero me sorprendió cuando me llamó –Fallon estaba observando atentamente a Cal. Muy atentamente para su gusto–. No soy estudiante

de Literatura y definitivamente nunca tomé clases de Psicología. Me da la impresión de que debe haber mejores profesores particulares para ti en el campus.

–Quizás eres la más barata –sugirió Cal.

–Claro, porque eso es una gran preocupación para tu familia –poniendo los ojos en blanco, lo observó jugar con la cerveza fría y pareció interpretar su silencio como disentimiento–. Creí que estaban forrados en dinero. Y es el decano. Escuché que aquí tiene a todos en el bolsillo: a los profesores, los empleados…

–¿Quién te dijo eso? –preguntó Cal, desplomándose en su silla y aparentando una despreocupación que no sentía. Tomó un trago de su cerveza para esconder que sus mejillas se habían ruborizado repentinamente.

Fallon se volvió para mirar por la ventana, y la luz que entraba hacía que sus ojos se vieran más pálidos y exóticos.

–Nadie me lo *dijo* –respondió–. Solo abro el periódico del campus de vez en cuando. Cada dos artículos aparece en uno, haciendo cosas a beneficio y recaudando fondos. ¿No está ayudando en la gran campaña de un político local?

–¿Qué eres, presidenta del club de fans de mi papá? –Cal bebió un sorbo de cerveza, pero no lo insensibilizó como esperaba–. Necesitas un pasatiempo nuevo, amiga.

Fallon cerró su libro y se apoyó sobre él, alternando la mirada entre Cal y la lata de cerveza.

–¿Cómo demonios terminaste aquí?

Tan rápido como había perdido el interés en la tarea, también lo había perdido en la cerveza. Se inclinó hacia atrás en la silla, jugando con el grueso y pesado anillo de graduación que tenía en su mano izquierda.

–¿Aquí, aquí? –preguntó, señalando su silla–. ¿O aquí, en esta universidad?

–Escoge la opción que quieras.

–Stanford no me quiso. Princeton tampoco.

–No puedo imaginarme por qué –Cal creyó escucharla decir entre dientes. Luego, con más claridad, dijo–: ¿El dinero y la influencia de papi no te solucionaron todo eso? Quiero decir, podrías ser el mandamás del campus, y realmente no parece que lo seas.

Auch. Cal la miró fijamente hasta que ella desvió la mirada con culpa. ¿Qué le pasaba a esta chica?

–Bueno, para responder tu pregunta, estoy atrapado aquí, en esta universidad y en esta silla, porque mi querido padre es el decano, como pareces tan feliz de recordarme –respondió Cal con una cara de desprecio fulminante–. Solo usa su dinero e influencias para ayudarse a sí mismo, pero como soy su hijo, estoy sujeto a mayores exigencias.

–¿Estás bromeando? Escuché lo que sucedió en la clase de la profesora Reyes. Cualquier otro estudiante hubiera quedado a prueba o hubiera sido expulsado. Yo diría que unas clases particulares obligatorias son un castigo bastante indulgente –dijo Fallon, y agregó en voz baja–: Y tú eres muy afortunado.

¿Qué se suponía que debía responder a eso? ¿No? ¿Qué no había nacido en cuna de oro? Empujó la silla hacia atrás, alejándose del escritorio, se puso de pie y caminó hacia la ventana del dormitorio que daba al jardín. Fallon había logrado conseguir una habitación individual en la residencia Jeffreys que, para una alumna de segundo año, era casi tan probable como ser alcanzada por un cometa y por un rayo el mismo día. Cal hizo a un lado la cortina barata de *Ikea* y entrecerró los ojos ante la intensa luz del sol que inundó la habitación, para poder ver a los estudiantes que circulaban por el campus.

Devon Kurtwilder y sus amigos estaban participando de un partido improvisado de *lacrosse* en el césped que estaba frente a la

residencia de Cal, Brookline. La escena podría haber sido sacada de un catálogo de *Abercrombie & Fitch*, incluyendo abdominales esculpidos y cabello alborotado.

Si solo pudiera lograr que Devon fuese su profesor particular en lugar de Fallon…

Cal también vio a sus amigos Micah y Lara sentados bajo un árbol cerca del partido de *lacrosse*. Uno de los amigos de Devon le pasó la pelota bruscamente a su compañero de equipo, pero el tiro siguió de largo y casi golpea a Lara en su brillante y oscura cabeza. Micah se puso de pie al instante, prácticamente golpeándose el pecho al estilo Tarzán frente a los jugadores. Por un momento, Cal creyó que la discusión a los gritos iba a convertirse en una pelea a los golpes. Pero entonces vio que su padre se acercaba con pasos largos por el camino de concreto que dividía el jardín. Roger se desvió hacia el césped y se interpuso entre Micah y los jugadores, diciéndole algo a Micah y agitando una carpeta de papel manila. Incluso después de que los jugadores retrocedieran y reanudaran su juego, Roger siguió agitando la carpeta y gritándoles a sus amigos. Lo que fuera que les estuviera diciendo, hizo que Lara recogiera sus cosas y se marchara apurada.

Cal esperaba que eso no significara nada serio para Micah. Lo último que necesitaba era meterse en problemas. Su compañero de dormitorio había tenido una vida difícil antes de llegar a la universidad, pero ahora trabajaba muy duro para ser un estudiante ejemplar. De hecho, Micah se había convertido en la clase de ciudadano modelo en la universidad, lo que Cal nunca había podido ser. Solo se necesitó un poco de ayuda de Roger y una reunión con los encargados de Ingresos para ocultar los antecedentes de Micah bajo la alfombra, y lograr que entrara a la universidad. Al menos, según Micah. A Cal le parecía una fantasía. No conocía a ese Roger.

Si eso era cierto, probablemente era lo más amable que su padre había hecho por alguien.

Cal se alejó de la ventana con un resoplido. Mucho más que un vidrio lo separaba de Micah y su padre.

–¿*Et tu*[1], Micah? –dijo en voz alta.

–¿Podemos seguir con la novela, por favor? –preguntó Fallon enojada, volviéndose en su silla. Hizo un rodete con sus rizos y la liga para el cabello produjo un ruido tan fuerte que Cal tuvo un gesto de dolor–. ¿O también me toca ser tu psicóloga?

–Mis mejores amigos de aquí están saliendo juntos –dijo Cal, como si eso explicara todo. Todavía insistía en hacer esa distinción. Sus mejores amigos *de aquí*. No estaba seguro de por qué lo hacía. Sus amigos de Greenport ni siquiera pensaban en él. Estaban ocupados planeando sus brillantes futuros como senadores y gobernadores, en Yale, Harvard…–. No va a durar, de todas maneras. Lara se dará cuenta de que Micah en realidad es un santurrón aburrido y ese será el fin. Dice que ahora quiere un chico bueno, pero sé que son puras mentiras.

–¿Santurrón? –Fallon rio, con algo de amargura, y levantó la vista del libro–. Escuché que ese chico tiene antecedentes penales.

–Ay, por Dios, por *hurtar*. En la *secundaria*. ¡No es como si hubiera asesinado a alguien! –aunque, a decir verdad, el propio Cal había pensado que el pasado de Micah era intrigante cuando lo había conocido el año anterior. ¿Qué tan a menudo conocías a un encantador chico del sur que es sobresaliente y además tiene antecedentes?

–Lara siempre me cayó bien –dijo Fallon en voz baja y quizás un poco desilusionada–. Estaba en mi seminario de primer año.

1. N. de la T.: hace referencia a la frase latina "Et tu, Brute?" de la tragedia de Shakespeare *Julio César*, que se usa para cuestionar la lealtad de un buen amigo.

Recuerdo que todos los días traía a clase un termo gracioso con un oso.

–Sí, lleva esa cosa a todas partes.

Fallon parecía saber mucho sobre sus amigos, aunque Cal nunca la había visto con ellos. Pero, pensándolo bien, el campus de la Universidad de New Hampshire era diminuto. Cal probablemente sabía los nombres de pila de la mitad de los chicos de su año.

Pasó sus dedos por encima de los lomos de los libros de texto y las novelas que llenaban la abarrotada biblioteca de Fallon. Algunos cómics sobresalían al final. Cal soltó una risita y sacó uno.

–¿Chicos vestidos con lycra púrpura, eh? Buena elección.

–Te lo presto, si quieres –respondió Fallon, cerrando finalmente su libro con resignación–. Aunque tu papá probablemente me mataría si supiera que estamos leyendo cómics. Se supone que tienes que estar estudiando.

–*El Fantasma* –leyó Cal en voz alta con una sonrisa de superioridad, ignorándola–. ¡El espíritu que camina! ¡Uuhh, qué miedo! El atuendo púrpura lo echa un poco a perder, ¿no te parece?

–En serio, llévatelo. Probablemente te guste. Es acerca de un niño mimado de una familia rica que acepta su derecho de nacimiento de luchar contra el crimen en la selva. Quizá sea la solución mágica que te enseñe un poco de lo que el resto de los mortales llamamos *responsabilidad*.

–Oh, sé todo sobre la responsabilidad. Mi papá ha intentado hacerme más responsable toda mi vida. Lamentablemente para él, no tiene verdadero poder sobre mí –Cal hojeó algunas de las páginas de *El Fantasma*–. De todas formas, no estoy seguro de que deba seguir el ejemplo de un hombre vestido con mallas púrpuras.

–Dije que te gustaría, no que fuera realista –Fallon se acercó adonde estaba Cal, junto a la biblioteca. Llevaba puestos unos jeans que no eran de su talla y una camiseta gris simple, con un dibujo de una especie de cabeza de lobo. Su pulsera de cota de

malla parecía sacada directamente de un cursi festival renacentista. Fallon parecía la clase de chica que realmente asistiría a ese tipo de eventos–. Pero es cierto, tienes mejores cosas en qué pensar.

–No, está bien. Creo que me lo llevaré –dijo Cal.

Fallon se encogió de hombros, pero Cal la vio esbozar una pequeña sonrisa detrás de su aparente indiferencia.

–Entonces, ¿qué más tienes que hacer para convencer a tu papá de que estás de vuelta en el buen camino?

–Bueno, a partir de mañana, tengo que clasificar basura en el sótano de Brookline –respondió Cal con un quejido. Su humor estaba mejorando hasta que pensó en eso–. Quizá pueda convencer a la profesora Reyes de que con mi delicada constitución no puedo tolerar el polvo –dijo, tomando su mochila–. De todas formas, gracias por el cómic.

–No hay problema. Y, ¿Cal?

Se detuvo camino a la puerta, girando ligeramente la cabeza para mirarla.

–Yo, eh, sé hacer un par de cosas con la computadora. Si tu papá no te deja en paz, podría intentar meterme en sus correos electrónicos. Quizás haya algo allí que puedas usar en *su* contra para variar.

Cal rio entre dientes, pero dejó de hacerlo rápidamente cuando se dio cuenta de que Fallon no estaba bromeando. Lo que le estaba proponiendo no era una mala idea, pero todavía no había alcanzado ese nivel de desesperación.

–Gracias. Lo tendré en cuenta. Pero no puedo pagarte tanto como mi papá. En realidad, no puedo pagarte nada.

–Por favor. Seré honesta contigo: tu padre parece bastante idiota –dijo Fallon, yendo a sentarse frente al escritorio. Levantó una pequeña memoria USB y comenzó a darle vueltas en su mano–. Y, aunque no lo creas, sé lo que es tener padres que te atormentan.

Podría hacerlo como un favor. No nos convierte en mejores amigos ni nada.

–No, claro.

Cal se detuvo antes de salir y metió el cómic en su mochila, guiñando el ojo rápidamente.

–Gracias por la oferta. Me dará algo en qué pensar cuando termine este ensayo acerca de la respuesta postcolonial y postmoderna de Rhys a *Jane Eyre*.

Antes de que la puerta se cerrara completamente, pudo disfrutar por un momento de la expresión desconcertada de Fallon.

–¿Qué? Tengo oídos. Algunas cosas *sí* me entran.

Fallon sonrió y se puso un bolígrafo detrás de la oreja.

–Nunca lo hubiese creído.